

## PENSAR EL VILLISMO<sup>1</sup>

Pedro SALMERÓN SANGINÉS

A María José

### I

En septiembre de 1997, cuando el *Pancho Villa* de Friedrich Katz aún no aparecía, defendí una tesis que partía de una aparente paradoja: “Villa y el villismo, un movimiento y un personaje sobre los que tanto se ha escrito son, al mismo tiempo, uno de los episodios de la Revolución más defectuosamente conocidos”.<sup>2</sup>

La escasez de las fuentes de primera mano utilizadas hasta entonces, lo contradictorio y mal fundamentado (en general) de los numerosos libros protagonizados por Villa y “su gente” y el enorme peso de la leyenda del Centauro del Norte<sup>3</sup> eran, decía entonces, algunos de los principales problemas que habían impedido encontrar respuestas a preguntas como ¿quiénes eran los villistas?, ¿de donde venían?, ¿qué tradiciones los impulsaban a la Revolución y qué querían de ella?, ¿qué exigían para el norte en particular y para México en general?, así como ¿cuál era el proyecto del villismo, cuáles sus propuestas y sus acciones, cuál su estructura militar?

En las páginas que siguen, revisaremos a vuelo de pájaro cómo ha sido estudiado el villismo y qué se ha dicho de él en la historiografía mexicana de la Revolución desde que el mayor Francisco de

<sup>1</sup> Este artículo fue escrito de una tirada en febrero de 1999, como respuesta a la presentación en sociedad del *Pancho Villa* de Friedrich Katz. Pasado más de un año desde entonces, habría que escribirlo de otra forma, pero prefiero dejarlo como quedó, no sin esta aclaración.

<sup>2</sup> Pedro Salmerón Sanginés, *La División del Norte en la historiografía de la Revolución (1917-1994)*, tesis de licenciatura en historia, México, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, 1997, p. 1.

<sup>3</sup> Katz lo dice así: “Sean correctas o incorrectas, exageradas o verídicas, uno de los resultados de estas leyendas [sobre Villa] es que el dirigente ha opacado al movimiento y los mitos han opacado al dirigente. Tanta atención se ha centrado en Villa el hombre que las características de su movimiento [...] han quedado olvidadas o nunca se han estudiado.” Friedrich Katz, *Pancho Villa*, 2 v., México, Ediciones Era, 1998, v. 1, p. 11.

P. Ontiveros, jefe del detall de la Brigada González Ortega, de la División del Norte, publicó en 1914 un libro que era al mismo tiempo el epitafio del jefe nato de la brigada (el general Toribio Ortega, muerto de tifo a raíz de la batalla de Zacatecas) y una historia de los villistas de los pueblos del bajo Conchos, en el oriente de Chihuahua, hasta la biografía publicada por Katz en diciembre de 1998.<sup>4</sup>

Partiendo, con R. G. Collingwood, de que “historiar es comprender”, de que el historiador no tiene otra forma de conocer que “recrear el pasado en su propia mente” y no “creemos” sino “criticamos” a quienes nos cuentan los hechos, y de que los libros más valiosos para nosotros son los más nuevos, los que nos son más cercanos porque, si son buenos libros, parten de preguntas que se respiran en el día,<sup>5</sup> pasaré rápidamente por la historiografía villista anterior al revisionismo, para detenerme con mayor cuidado en las historias de la Revolución aparecidas en los últimos treinta años.

Sólo hay que aclarar algunos términos: cuando hablo del norte, me refiero al norte villista, es decir, Chihuahua, Durango y el suroeste de Coahuila (la Comarca Lagunera), porque de ahí salió la gran mayoría de los hombres de las brigadas que dieron vida a la División del Norte, y éstas fueron las regiones más firmemente controladas por el villismo durante el pináculo de su trayectoria, y donde más tardó en apagarse la resistencia guerrillera villista tras la derrota y disolución de la División.

El villismo tuvo tres etapas claramente distintas. La primera empieza con la aparición de Pancho Villa en la escena pública nacional, en noviembre de 1910, y se extiende hasta septiembre de 1913. Durante esos años, el Centauro condujo a sus hombres en tres sucesivas campañas guerrilleras (la rebelión maderista, la lucha contra el orozquismo y el periodo guerrillero de la lucha contra Huerta). Fueron los años del aprendizaje, durante los cuales el villismo no pasó de ser un grupo rebelde de carácter regional, sin proyecto propio y de limitados alcances.

La División del Norte nació el 29 de septiembre de 1913 en la hacienda de La Loma, Durango, cuando los caudillos de varios grupos rebeldes de Chihuahua, Durango y La Laguna decidieron unir

<sup>4</sup> Para efectos de este artículo, toda obra que intente explícitamente ser histórica será considerada como historiográfica, independientemente del oficio y capacidad de su autor.

<sup>5</sup> R. G. Collingwood, *Idea de la historia*, México, Fondo de Cultura Económica, 1965, p. 269-272.

sus contingentes y elegir a Pancho Villa como jefe común,<sup>6</sup> y se disolvió el 21 de diciembre de 1915 en la hacienda de Bustillos, Chihuahua, como resultado de la larga serie de derrotas iniciada en Celaya en la primavera de ese año. Este periodo es, con mucho, el más interesante, porque durante esos 27 meses el villismo fue una alternativa real, fue construyendo un proyecto propio y se convirtió en el ejército revolucionario más numeroso y potente de la historia de América Latina; es, por lo tanto, el periodo que veremos con mayor cuidado.

Después de la disolución de la División del Norte los villistas continuaron su lucha durante cerca de cinco años, pero no fueron entonces más que uno de los muchos grupos insurrectos, sin posibilidad real de tomar el poder, sin ningún proyecto alternativo viable que ofrecer al país.<sup>7</sup>

## II

Antes del revisionismo, la imagen de Pancho Villa atravesó por tres momentos distintos.<sup>8</sup> Mientras gobernaron el país los vencedores directos del villismo (Carranza y los sonorenses), el Centauro era pintado con tintes sombríos, sangrientos: después de todo, el grupo

<sup>6</sup> Pancho Villa siempre tuvo conciencia de que debía la jefatura del movimiento a este pacto celebrado con los otros caudillos, y éstos también eran conscientes —como lo expresaron enérgicamente en los telegramas que condujeron a la primera ruptura con Carranza, en junio de 1914— de que eran ellos quienes habían elegido a Pancho Villa como jefe. Vale la pena nombrar a los más significados de estos caudillos rebeldes que, habiendo hecho hasta entonces la guerra de guerrillas por su cuenta y riesgo, decidieron unirse y dar el mando a Villa (vale aclarar que dos o tres ya se habían subordinado al Centauro): Toribio Ortega, de Coyame, Chihuahua, aunque avecindado desde siempre en Cuchillo Parado; José E. Rodríguez, de Satevó, Chihuahua; Trinidad Rodríguez, de Huejotitlán, Chihuahua; Tomás Urbina, de Las Nieves, Durango; Maclovio Herrera, del municipio de Hidalgo del Parral; Calixto Contreras, de San Pedro Ocuila, Durango; Eugenio Aguirre Benavides, de Parras de la Fuente, Coahuila; Juan E. García, de Ciudad Lerdo, Durango; José Isabel Robles, de Jalpa, Zacatecas, aunque maestro de primeras letras en las haciendas laguneras de la familia Madero, y Orestes Pereyra, de Gómez Palacio, Durango. Estos hombres, y los caudillos que se fueron incorporando en las semanas siguientes (como Manuel Chao y Rosalío Hernández), serán, tanto o más que Pancho Villa, los protagonistas del libro que estoy escribiendo.

<sup>7</sup> La mayoría de los historiadores dan la rendición de Pancho Villa, en 1920, como acta de defunción del villismo. No es así: César Navarro estudia actualmente su continuidad en los movimientos agraristas del norte, muchos años más allá del asesinato del Centauro.

<sup>8</sup> El énfasis puesto en la figura de Pancho Villa se explica, además de lo ya dicho —la leyenda del Centauro, que eclipsó la comprensión del villismo—, porque la mayoría de los historiadores de este grupo sobrevaloraba la actuación de los caudillos y explicaba los vaivenes políticos y militares de la Revolución en función de la personalidad de éstos y de lo que hacían o dejaban de hacer.

en el poder había tenido en el villismo a un enemigo formidable, y el caudillo duranguense era un fantasma muy peligroso, así que los políticos que estaban en el candelero, y los que habían estado o querían estarlo, que eran quienes estaban escribiendo la historia de la Revolución, hicieron del villismo la más peligrosa de las cabezas de “la hidra de la reacción” (según escribió el general Obregón en las postrimerías de 1914, en uno de sus ampulosos panfletos).

Durante esos años se ensayaron algunas tímidas defensas del villismo, escritas por veteranos convencionistas, pero la mayoría de éstas se hicieron en el exilio: haber militado en el villismo y enorgullecerse de ello estaba muy mal visto; sólo los arrepentidos podían aspirar a integrarse a la elite política, y algunos hicieron acto de contricción pública, aunque los más optaron por mantener la boca cerrada.

La percepción del villismo empezó a cambiar con el ascenso al poder del grupo cardenista —de la generación de 1915— y la búsqueda de banderas para la reforma agraria y la política populista del nuevo gobierno, coincidiendo con el auge de los frentes populares antifascistas en muchos países. Al mismo tiempo, se fue consolidando la interpretación de la Revolución como fundamento histórico del Estado mexicano, una revolución que se definía como popular, agraria, nacionalista y antiimperialista.

En este nuevo contexto, a Pancho Villa le tocó ser incorporado, aunque con cautela, al panteón oficial, y convertirse en uno más de los héroes que nos dieron patria, un héroe contradictorio y, en la mayoría de las versiones, equivocado, pero héroe a fin de cuentas, aunque sólo haya sido oficialmente glorificado en 1969.

Los escultores de la broncea estatua —equestre, por supuesto— de Pancho Villa fueron, en primer lugar, los veteranos villistas que habían permanecido callados hasta entonces y que durante el sexenio de Cárdenas empezaron a publicar memorias y balances en los que gritaban que haber sido villistas no era motivo de vergüenza sino timbre de orgullo, que ellos también eran revolucionarios, fundadores del nuevo México. Como es natural, esta imagen encontró pronta respuesta en los veteranos que habían militado bajo las banderas carrancistas u obregonistas, que se mantuvieron en sus trece: para ellos, Villa seguía siendo un personaje siniestro, un títere sanguinario de la reacción.

El tercer momento de la historiografía villista se dio, por ponerle fechas, de la segunda mitad del sexenio de Adolfo Ruiz Cortines

hasta el sexenio de Gustavo Díaz Ordaz (o los cuatro primeros años, triunfalistas, de éste). Durante este periodo, coincidiendo con los años dorados del sistema político mexicano (el cacareado milagro, el desarrollo estabilizador, el todo es posible en la paz, el dominio incontestable del PRI), se construyeron los grandes monumentos historiográficos de la idea oficial de la Revolución Mexicana, sustento y justificación histórica del Estado que se reclamaba emanado de ella.

La construcción de estos monumentos ya no corrió a cargo de los veteranos de la Revolución: otros historiadores, cuya generación fue bautizada por Luis González como la de “los restauradores de la prudencia”,<sup>9</sup> fueron sus ingenieros. La idea de revolución de la que sus voluminosas y bien hechas obras partían era la de una revolución popular, agraria y nacionalista, una e indivisible, mexicana hasta la médula (de “originalidad originalísima”, se burlaría Jesús Silva Herzog, no obstante que él fue uno de los constructores de esa idea).

Estos historiadores heredaron de los veteranos una contradictoria y compleja idea de Villa, y en función de ella hicieron del caudillo duranguense un controvertido héroe popular, atribiliario e indisciplinado, cuya incultura y la facilidad con que era manejado por “intereses ajenos” lo llevó a equivocarse de ruta, sin dejar de ser, por ello, un genuino defensor del pueblo oprimido, etcétera. Por supuesto, entre “los restauradores de la prudencia” hubo varios que siguieron suscribiendo la imagen más negativa del Centauro, pero fueron minoría.

En cuanto a lo que del villismo nos enseñaron los historiadores anteriores al revisionismo, podemos decir que reconstruyeron aceptablemente la trayectoria —no la historia— política y militar del movimiento; esto es, cómo se formó; cómo, cuándo y dónde derrotó a sus enemigos o fue batido por ellos; qué zonas dominó y quiénes las gobernaron; qué leyes emitieron y qué reformas prometieron, así como quiénes fueron formando la dirección política y militar del movimiento. También se recogió la leyenda del Centauro en un puñado de buenas biografías.<sup>10</sup> Es decir, hacia 1968, los his-

<sup>9</sup> Así llama don Luis González a la generación de historiadores que cosechó sus mayores éxitos en los años del desarrollo estabilizador, “Setenta y cinco años de investigación histórica en México”, en *México, setenta y cinco años de Revolución*, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos sobre la Revolución Mexicana, 1985, v. 3, p. 667 y s.

<sup>10</sup> La inmensa mayoría de las biografías del Centauro no tiene ninguna utilidad para entender el villismo, y no pasan de verlo como “quinto jinete del apocalipsis” o como “bandido generoso” y otros clichés semejantes. La ingrata tarea de reunir las y glosarlas la hizo

toriadores habían recogido los hechos más importantes de la División del Norte, sus leyes y decretos, los nombres de sus jefes, la leyenda de su caudillo epónimo, pero no había más interpretación que la dictada por la pasión partidista o por el paradigma oficial.

### III

Pasemos ahora, rápidamente, una revista a los que escribieron los libros que más contribuyeron, en esos tres momentos, a construir lo que hasta 1968 se sabía del villismo. La forma en que he agrupado a los autores enlistados a continuación no corresponde estrictamente a las divisiones temporales usadas atrás, pero habiendo puesto el año de aparición original de cada texto (lo que no corresponde necesariamente a la fecha en que fue terminado ni a su publicación en forma de libro) suplico al lector que tenga en cuenta tanto la división grupal aquí hecha como la temporal del párrafo precedente.

Los veteranos de la Revolución metidos a historiar lo hicieron con el afán de contar la historia *verídica* de la Revolución o, al menos, de su participación en ella. Para ellos, la historia era una especie de tribunal al que había que rendirle cuentas, que erigiría estatuas a los buenos mexicanos y enviaría al limbo del desprecio y el olvido a los malos. De esta manera, escribieron las primeras versiones de la historia inmediata, versiones fascinantes, porque pese a todas las objeciones que puedan ponérseles —y son muchas— nos muestran cómo pensaban y qué imagen querían dar de sí mismos los parteros del Estado mexicano, y porque son obras llenas de pasión y de fuego, de admiración y desencanto.

Los primeros libros famosos fueron escritos por los vencedores del villismo. Francisco L. Urquiza (el mejor prosista de este grupo), Amado Aguirre, Alfredo Breceda, Miguel Alessio Robles, Marcelo Caraveo, Manuel W. González y otros veteranos hablaron en sus memorias, lateralmente, del villismo, pero en donde queda más clara la idea que de los villistas querían dar sus vencedores es en los libros del general Álvaro Obregón (que publicó su muy particular versión de los hechos en 1917), del coronel Bernardino Mena Brito (1936 y

1938) y del general Juan Barragán (1946). Hay que añadir el libro de Celia Herrera (1939), quien no combatió directamente contra el villismo (por razones de edad y género), pero reaccionó contra los intentos de glorificación de Pancho Villa, con la rabia natural en una Herrera de Parral, un clan mortalmente enemigo de Villa.<sup>11</sup>

Hay dos libros muy particulares, los más “grandes, lúcidos y maravillosos relatos” de la Revolución, obra de los dos ateneístas de la Convención, Martín Luis Guzmán (1927) y José Vasconcelos (1935).<sup>12</sup> Aunque Guzmán y Vasconcelos fueron identificados con el villismo por sus detractores, ambos niegan el cargo en sus memorias (Vasco con mucho mayor vigor), y en realidad no fueron villistas sino convencionistas, Guzmán con cautela, Vasco con la decisión y enjundia con la que hacía todo. Ambos relatos permiten reconstruir la historia de esa mezcla de aliada incómoda y escisión del villismo que fue la facción de Eulalio Gutiérrez, pero eso no es lo más importante, sino la deslumbrante plasticidad con que retratan a los revolucionarios (en calidad literaria, sólo hay unas memorias que igualan a éstas: las de mi general José Guadalupe Arroyo).<sup>13</sup>

Las memorias e historias de los villistas, dedicadas de lleno al Centauro y a la Revolución norteña, son las fuentes más ricas que tenemos para entenderla. La mayoría de ellas han sido olímpicamente ignoradas por los historiadores y están agotadas desde hace años; otras, dos o tres, han corrido mejor suerte. La lista, nada despreciable, no comprende a tres excelentes narradores decididamente influidos por Pancho Villa, y que contribuyeron no poco a la construcción mítico-histórica del personaje (Mariano Azuela, Rafael F. Muñoz y Nellie Campobello), ni obras cuya referencia he leído en alguna parte, pero imposibles de conseguir, como unas hipotéticas memorias del general Juan N. Medina.

Así pues, los historiadores que vieron de cerca el villismo y simpatizaron con el movimiento y los veteranos villistas metidos a historiar

<sup>11</sup> Álvaro Obregón, *Ocho mil kilómetros en campaña*, México, Fondo de Cultura Económica, 1959; Bernardino Mena Brito, *Felipe Ángeles federal*, México, Herreras, 1936, y *El lugarteniente gris de Pancho Villa (Felipe Ángeles)*, México, Mariano Coli, 1938; Juan Barragán, *Historia del Ejército y la Revolución Constitucionalista*, 3 t., México, Instituto Nacional de Estudios Históricos sobre la Revolución Mexicana, 1985; Celia Herrera, *Francisco Villa ante la historia*, México, La autora, 1939.

<sup>12</sup> Véase Álvaro Matute, *La Revolución Mexicana, actores, escenarios y acciones*, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos sobre la Revolución Mexicana, 1993, p. 128.

<sup>13</sup> Martín Luis Guzmán, *El águila y la serpiente*, México, Porrúa, 1984; José Vasconcelos, *La tormenta*, México, Jus, 1978.

son Francisco de P. Ontiveros (1914), John Reed (1915), “Juvenal” —seudónimo de Enrique Pérez Rul— (1916), Felipe Ángeles (1916 a 1918), Ramón Puente (1919, 1931 y 1937),<sup>14</sup> Elías L. Torres (1934 y 1938), Silvestre Terrazas (1936), Martín Luis Guzmán (1937-1938), Juan B. Vargas (1938-1939), Encarnación Brondo Whitt (1940), Federico Cervantes (1943 y 1960), Vito Alessio Robles (1949-1950),<sup>15</sup> Adolfo Terrones Benítez (1955-1957), Alberto Calzadía Barrera (1958-1982), Ignacio Muñoz (1962), Luis Aguirre Benavides (1964 y 1966), Marte R. Gómez (1966), Ernesto Zertuche González (1969), Luz Corral de Villa (1976), Matías Pazuengo (1988) y José María Jaurrieta (1997).<sup>16</sup>

Luis Aguirre Benavides, Enrique Pérez Rul y José María Jaurrieta se encargaron en diferentes momentos de la secretaría particular de Pancho Villa. Martín Luis Guzmán, Ramón Puente y Silvestre Terrazas fueron intelectuales que desempeñaron comisiones civiles en el villismo (el último ocupó la Secretaría de Gobierno de Chihuahua

<sup>14</sup> Francisco de P. Ontiveros, *Toribio Ortega y la Brigada González Ortega*, Chihuahua, Imprenta El Norte, 1914; John Reed, *México insurgente*, México, Ediciones de Cultura Popular, 1975; Juvenal, *¿Quién es Francisco Villa?*, Dallas, Imprenta Poliglota, 1916; *Documentos relativos al general Ángeles*, México, Domés, 1982; Ramón Puente, *Hombres de la Revolución. Villa (sus auténticas memorias)*, Los Angeles, Spanish-American Publishing Co., 1931, y *Villa en pie*, México, México Nuevo, 1937.

<sup>15</sup> Elías Torres, *Vida y hazañas de Pancho Villa*, México, El Libro Español, s/f; *20 vibrantes episodios de la vida de Villa*, México, Sayrols, 1934, y *La cabeza de Villa y veinte episodios más*, México, Tatos, 1938; Silvestre Terrazas, *El verdadero Pancho Villa...*, México, Era, 1985; Martín Luis Guzmán, *Memorias de Pancho Villa*, México, Porrúa, 1984; Juan B. Vargas, *A sangre y fuego con Pancho Villa*, México, Fondo de Cultura Económica, 1988; Encarnación Brondo, *La División del Norte (1914) por un testigo presencial*, México, Lumen, 1940; Federico Cervantes, *Felipe Ángeles y la Revolución de 1913...*, México, s.p.i., 1943, y *Francisco Villa y la Revolución*, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos sobre la Revolución Mexicana, 1985; Vito Alessio Robles, *La Convención Revolucionaria de Aguascalientes*, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos sobre la Revolución Mexicana, 1989. Fueron estos libros, la mayoría publicados durante el sexenio cardenista, los que empezaron a reivindicar decididamente la figura del Centauro.

<sup>16</sup> Adolfo Terrones Benítez publicó una serie de artículos en *El Legionario. Órgano de la Legión de Honor Mexicana*, en los números 25 al 72 (1955, 1956 y 1957); Alberto Calzadía, *Hechos reales de la Revolución*, 8 t., México, Patria, 1958-1982; Rafael F. Muñoz, *Verdad y mito de la Revolución Mexicana*, 3 v., México, Ediciones Populares, 1962; Luis y Adrián Aguirre Benavides, *Las grandes batallas de la División del Norte...*, México, Diana, 1964, y Luis Aguirre Benavides, *De Francisco I. Madero a Francisco Villa. Memorias de un revolucionario*, México, A. del Bosque, 1966; Marte R. Gómez, *La reforma agraria en las filas villistas*, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos sobre la Revolución Mexicana, 1966, y *Pancho Villa*, México, Fondo de Cultura Económica, 1985; Ernesto Zertuche, *Los Caloca en la Revolución...*, Lampazos, Nuevo León, Sociedad Nuevoleonesa de Historia, Geografía y Estadística, 1969; Luz Corral de Villa, *Pancho Villa en la intimidad*, Chihuahua, La Prensa, 1976; Matías Pazuengo, *La Revolución en Durango*, Durango, Comisión Editora del Gobierno del Estado, 1988, y José María Jaurrieta, *Con Villa (1916-1920), memorias de campaña*, México, Conaculta, 1997.

durante todo el tiempo que la División del Norte controló ese estado). Federico Cervantes, Vito Alessio Robles e Ignacio Muñoz eran oficiales federales que entraron al servicio de la División del Norte por mediación de Felipe Ángeles; Cervantes y Alessio ocuparon cargos muy destacados en la Soberana Convención Revolucionaria. Juan B. Vargas, Francisco Ontiveros, Adolfo Terrones y Ernesto Zertuche combatieron como oficiales de la División del Norte, respectivamente en la escolta de “Dorados”, en la Brigada González Ortega (del general Toribio Ortega), en la Brigada Primera de Durango (del general Orestes Pereyra) y en la Brigada Caloca (de la gente de Pánfilo Natera); Encarnación Brondo fue oficial médico de la espléndida Brigada Sanitaria, organizada por el coronel y doctor Andrés Villarreal. Matías Pazuengo y Felipe Ángeles fueron generales de la División del Norte.

Elías L. Torres en 1915 fue oficial de artillería de la División y en 1920 negoció la rendición de Villa, mediando entre el Centauro y el presidente Adolfo de la Huerta. John Reed, magnífico y apasionado periodista norteamericano anduvo en las filas villistas en 1914. Luz Corral de Villa, primera esposa oficial —por decirlo de alguna manera— del general y una de las cuatro mujeres más importantes en su vida, fue sin duda la más influyente y capaz en términos políticos —las otras tres fueron Austreberta Rentería, Juana Torres y Chole Séañez “La Soldadera”. Marte R. Gómez, que no fue villista, escribe como si lo hubiera sido. Y Alberto Calzadías Barrera, que aunque no militó en el villismo (habiendo nacido en 1905 no estaba en edad de cargar su 30-30 en tiempos de la División), sí vio de cerca al Centauro; pasó su infancia en Namiquipa, Chihuahua, un pueblo eminentemente villista, y recogió en varios volúmenes los testimonios de muchos oficiales sobrevivientes.<sup>17</sup>

Entre estas obras destacan la magistral crónica de John Reed y las *Memorias de Pancho Villa* de Martín Luis Guzmán, que han alcanzado merecida fama y múltiples ediciones. El grueso volumen publicado en 1960 por el general Cervantes era la mejor biografía de Villa hasta la aparición de la de Friedrich Katz, pues por primera vez en la

<sup>17</sup> En realidad, Namiquipa es un pueblo muy complejo; se trata de una de las pocas colonias militares propiamente dichas que encajan perfectamente con la caracterización que de ellas hace Friedrich Katz, y en la Revolución sus pobladores se dividieron: muchos fueron orozquistas que pelearon a las órdenes del coronel José Rascón Tena; pero varios villistas destacados también eran de esa municipalidad, entre ellos el sanguinario “dorado” Candelario

historiografía villista se intentan dejar atrás las interpretaciones personalistas y se propone una explicación coherente de la política social y el proyecto político del villismo. También es muy valiosa la recopilación y glosa de las leyes agrarias villistas hecha por Marte R. Gómez. El libro de Vito Alessio Robles es la mejor versión villista de la Convención. Las obras de Alberto Calzadiaz son una fuente inigualable, injustamente olvidada, que merece un artículo aparte, lo mismo que el apasionado y muy bien logrado relato del general Vargas, que sólo Jorge Aguilar Mora parece haber apreciado en lo que vale.<sup>18</sup>

Podríamos añadir a estos relatos las entrevistas hechas a veteranos villistas en los últimos años sesenta y a lo largo de los setenta, guardadas en el Archivo de la Palabra del Instituto Mora. Pero estas entrevistas no son historiografía, y como fuentes para el estudio del villismo dejan mucho que desear tanto por el tiempo transcurrido entre la Revolución y la época en que los veteranos fueron entrevistados como por la metodología con que fueron hechas.<sup>19</sup>

De los “restauradores de la prudencia” y sus similares, quienes trataron con mayor detenimiento el villismo en obras ambiciosas y de mucho aliento<sup>20</sup> fueron Miguel Ángel Sánchez Lamego (1955-

Cervantes (segundo jefe del ataque a Columbus, muerto a manos de los norteamericanos de Pershing en 1916); José de la Luz Nevárez, y el general Andrés U. Vargas, que comandaba a los villistas namiquipenses y murió en Celaya. También —todo hay que decirlo— en Namiquipa Pancho Villa cometió uno de los crímenes más injustificables de su etapa guerrillera.

<sup>18</sup> Sin hablar de su magnífica factura —difícil de creer en un rancharo del norte de Durango, oficial de “dorados” que lució las tres estrellas de coronel, pero no en el general de carrera que era cuando las escribió—, las memorias de Vargas son riquísimas en virtud de ser el único relato de un oficial cercano a Pancho Villa, que reunía las características comunes a los hombres del pie veterano de la División. Además, al pasar revista a los “dorados”, uno a uno, saca a una colectividad del anonimato (véase Jorge Aguilar Mora, *Una muerte sencilla, justa, eterna*, México, Era, 1988, p. 144), y a través de una muestra no aleatoria —recuérdese el carácter de cuerpo de elite y guardias de corps de los “dorados”— pero sí representativa llegamos más cerca de los hombres de la División del Norte que en ninguna otra fuente, excepción hecha de Calzadiaz y, quizá, de Reed.

<sup>19</sup> Un paradigma de esa historia oral exigía que los entrevistadores se acercaran al entrevistado sin prejuicios, sin ideas preconcebidas, permitiéndoles expresarse libremente. Esto, que pudo haber estado bien para un tema falto de fuentes, fue contraproducente para el caso del villismo pues, en lugar de explotar la posibilidad de hacer las entrevistas para aclarar puntos oscuros en el conocimiento del tema, se repitieron hasta la saciedad la leyenda y los hechos más conocidos, y más de una vez se limitó a los entrevistados cuando éstos empezaban a contar cuestiones como la actuación del general Fidel Ávila al frente del gobierno de Chihuahua, o la de Federico González Garza como asesor de Villa, así como las funciones del Estado Mayor de la División, la estructura de alguna brigada en particular o las andanzas de algún general de escaso renombre.

<sup>20</sup> Dejamos fuera varias obras de esta época o de estos autores, como Florencio Barrera Fuentes, *Crónicas y debates de las sesiones de la Soberana Convención Revolucionaria*, 3 t., México, Instituto Nacional de Estudios Históricos sobre la Revolución Mexicana, 1964-1965, porque

1960), M. S. Alperovich y B. T. Rudenko (1958), Jesús Silva Herzog (1960), Manuel González Ramírez (1960), Robert E. Quirk (1962), José C. Valadés (1963-1965), Francisco R. Almada (1964-1965), Luis Fernando Amaya (c. 1965) y Charles C. Cumberland (1972).<sup>21</sup>

Es cierto que siempre hubo críticos de esa idea oficial de la Revolución, sobre todo desde la derecha, y aunque en esas críticas a Villa le iba bastante mal, no eran libros que hicieran mucha mella. Destacan, además del ya citado de Vasconcelos, los de Francisco Bulnes (1920), Jorge Vera Estañol (1957) y Alfonso Taracena (1960).<sup>22</sup>

#### IV

Los sucesos de 1968 pusieron en evidencia el agotamiento del sistema político mexicano, sacando a plena luz —por si hacía falta— sus modalidades autoritarias y represivas, la crisis del modelo... “el fin del milagro”. Los historiadores de la generación que sufrió en carne propia la represión gubernamental no estaban dispuestos, como sus

no es una historia, sino una recopilación; Arturo Langle Ramírez, *El ejército villista*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1961, porque es un intento fallido de hacer una historia militar del villismo, muy inferior a la obra de Sánchez Lamego; Miguel Ángel Sánchez Lamego, *Historia militar de la Revolución en la época de la Convención*, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos sobre la Revolución Mexicana, 1983, porque apareció muchos años después de su obra citada en la nota siguiente, y es mucho menos ambiciosa, casi parece escrita por obligación, y José C. Valadés, *Rafael Buelna. Las caballerías de la Revolución*, México, Leega-Júcar, 1984, porque aun siendo un libro bien hecho, que nos presenta muy bien al personaje, no tiene los alicientes de su historia general ni de las otras obras magnas de la época.

<sup>21</sup> Miguel Ángel Sánchez Lamego, *Historia militar de la revolución constitucionalista*, 5 t., México, Instituto Nacional de Estudios Históricos sobre la Revolución Mexicana, 1955-1960; M. S. Alperovich y B. T. Rudenko, *La Revolución Mexicana de 1910-1917 y la política de los Estados Unidos*, México, Ediciones de Cultura Popular, 1973; José Silva Herzog, *Breve historia de la Revolución Mexicana*, 2 t., México, Fondo de Cultura Económica, 1983; Manuel González Ramírez, *La revolución social de México*, 2 t., México, Fondo de Cultura Económica, 1960; Robert E. Quirk, *La Revolución Mexicana 1914-1915. La Convención de Aguascalientes*, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos sobre la Revolución Mexicana, 1989; José Valadés, *Historia general de la Revolución Mexicana*, 5 t., México, Editorial del Valle de México, 1988; José Almada, *La Revolución en el estado de Chihuahua*, 2 t., México, Instituto Nacional de Estudios Históricos sobre la Revolución Mexicana, 1964-1965; Luis Fernando Amaya, *La Soberana Convención Revolucionaria, 1914-1916*, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos sobre la Revolución Mexicana, 1989; y Charles C. Cumberland, *La Revolución Mexicana: los años constitucionalistas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1975.

<sup>22</sup> Francisco Bulnes, *Toda la verdad acerca de la Revolución Mexicana...*, México, Libro-Mex Editores, 1977 (publicada en inglés en 1920); Jorge Vera Estañol, *La Revolución Mexicana: orígenes y resultados*, México, Porrúa, 1957; y Alfonso Taracena, *La verdadera Revolución Mexicana*, México, Jus, 1960 (tomos I a IV).

antecesores, a ser compañeros de viaje del Estado mexicano ni a suscribir el paradigma de la Revolución popular (etcétera) que daba sustento al dicho Estado. Había que repensar el pasado. La idea del agotamiento de la Revolución Mexicana había sido puesta sobre la mesa por uno de los más lúcidos intelectuales mexicanos, Daniel Cosío Villegas, quien preguntó “¿Ha muerto la Revolución Mexicana?” Desde la generación sesentaiochera, Rolando Cordera pidió “El que haya encontrado a la Revolución Mexicana, favor de devolverla”.

Los nuevos historiadores de la Revolución, llamados genéricamente revisionistas, se empezaron a preguntar cosas que antes habían sido soslayadas: ¿quiénes hicieron la Revolución?, ¿de dónde venían?, ¿qué los llevó a la Revolución y qué hicieron en ella? Las preguntas empezaron a dejar de ser qué, cuándo, dónde, cómo, para dar lugar a los porqué y los paraqué. La Revolución dejó de ser asunto de caudillos y prohombres, para empezar a ser acción social, colectiva, y de paso perdió su carácter unitario y nacional: de aquel movimiento unívoco y comprensible los revisionistas fueron extrayendo otro, múltiple y complejo, fragmentado casi hasta la inasibilidad.<sup>23</sup>

Es cierto que hasta la publicación de la esperada biografía de Villa de Friedrich Katz no se escribió ninguna obra extensa o ambiciosa centrada en el villismo, pero sí hay artículos, trabajos menores y capítulos. Los mejores aportes están contenidos en las reinterpretaciones globales del proceso: ahí fue apareciendo un villismo hasta entonces eclipsado por la imponente y vigorosa figura del Centauro.

Entre 1969 y 1973 se publicaron los libros que dieron origen al revisionismo, algunos de los cuales se convirtieron rápidamente en auténticos *best sellers*. La nueva idea de la Revolución, y particularmente del villismo, fue abriéndose paso en los libros de John Womack (1969), Adolfo Gilly (1971), Jean Meyer (1973) y Arnaldo Córdova (1973). En los años inmediatos escribieron otros textos esenciales

<sup>23</sup> Los estudios sobre el revisionismo superan con creces los trabajos sobre la historiografía anterior, vale mencionar a Enrique Florescano, *El nuevo pasado mexicano*, México, Cal y Arena, 1991, p. 119-152; Álvaro Matute, “Los actores sociales de la Revolución en 20 años de historiografía”, y Arnaldo Córdova *et al.*, “Vieja Revolución ¿nueva historiografía”, en *Universidad de México. Revista de la Universidad Nacional Autónoma de México*, v. XLIV, n. 466 (México, noviembre de 1989); Alan Knight, “Interpretaciones recientes de la Revolución Mexicana”, y Paul J. Vanderwood, “Explicando la Revolución Mexicana”, en *Secuencia. Revista Americana de Ciencias Sociales*, México, v. 13, enero-abril de 1989, y Romana Falcón, “Las regiones en la revolución. Un itinerario historiográfico”, en Carlos Martínez Assad (coord.), *Balance y perspectiva de los estudios regionales en México*, México, UNAM, 1990.

Héctor Aguilar Camín (1977), Ramón Eduardo Ruiz (1980), Friedrich Katz (1982), Alan Knight (1986) y John M. Hart (1990).<sup>24</sup>

Hay que decir que estos libros son los que me parece que contribuyeron mejor a construir la nueva visión del villismo, no así otros que también han hecho mucho ruido, como el de François Xavier Guerra (que de todos modos no me parece tan novedoso, pues retoma, sin citarlos, muchos de los puntos de vista expresados más de medio siglo atrás por don Francisco Bulnes), el excelente estudio de la guerra cristera de Jean Meyer y muchos otros que sería largo enumerar. En cuanto a otros trabajos que nos han llevado más de cerca al villismo o a sus raíces, serán tratados más adelante, pues en buena medida son producto de esta reinterpretación global de la Revolución.

Aunque para algunos de estos autores los villistas seguían siendo vagabundos desarraigados, o no pasaron de ser una fuerza natural desencadenada (John Womack y Jean Meyer), otros vieron en el villismo una cosa totalmente distinta.<sup>25</sup>

El *Zapata...* de Womack está justamente considerado como el primer fruto de esta nueva forma de ver la Revolución, pues recuperaba a los campesinos morelenses y hacía de ellos los protagonistas de la historia tanto como Emiliano Zapata y los demás jefes. Este rescate de la comunidad zapatista y su medio sigue siendo, verdaderamente, un ejemplo que hay que seguir.

Uno de los primeros grandes aportes del revisionismo (Jean Meyer y Arnaldo Córdova) fue la comprensión de que la Revolución pertenecía al mismo proceso histórico iniciado en México con el triunfo de la República (1867), proceso que la Revolución había acelerado, y que puede resumirse en una frase: el desarrollo del capitalismo en México.

<sup>24</sup> John Womack, *Zapata y la Revolución Mexicana*, México, Siglo XXI, 1969; Adolfo Gilly, *La revolución interrumpida*, México, Ediciones Era, 1994; Jean Meyer, *La Revolución Mexicana, 1910-1940*, México, Jus, 1991; Arnaldo Córdova, *La ideología de la Revolución Mexicana. La formación del nuevo régimen*, México, Ediciones Era, 1973. Héctor Aguilar Camín, *La frontera nómada*, México, Siglo XXI, 1977; Ramón Eduardo Ruiz, *México: La gran rebelión 1905-1924*, México, Ediciones Era, 1984; Friedrich Katz, *La guerra secreta en México*, México, Ediciones Era, 1882; Alan Knight, *La Revolución Mexicana...*, México, Editorial Grijalbo, 1996, y John M. Hart, *El México revolucionario*, México, Alianza Editorial, 1990. Hay otros tres autores que podríamos añadir, pero sus ideas sobre la Revolución o sobre el villismo no son tan novedosas: Michael C. Meyer, *El rebelde del norte: Pascual Orozco y la Revolución Mexicana*, México, UNAM, 1984, y *Huerta: un reterato político*, México, Editorial Domés, 1983; Fernando Benítez, *Lázaro Cárdenas y la Revolución Mexicana*, México, Fondo de Cultura Económica, 1983 (primera edición en 1977), que trata con cariño y respeto a los campesinos rebeldes, y Berta Ulloa, *La revolución escindida y La encrucijada de 1915*, México, El Colegio de México, 1979, dos libros llenos de datos no siempre exactos, que contribuyeron poco a la comprensión del villismo.

<sup>25</sup> Véase Jean Meyer, *op. cit.*, p. 63 y s.; y John Womack, *op. cit.*, p. 189 y s.

Algunos años después, Héctor Aguilar Camín apuntó que a los nuevos estudiosos de la Revolución dejó de parecerles que ésta había sido traicionada o vendida, como creían sus críticos anteriores, para revelárseles como “una revolución cabalmente cumplida, lograda, del todo coherente con sus propósitos”, porque el “proyecto real” de los vencedores “apuntaba justamente al tipo de sociedad con que México había entrado a la década de los setenta: capitalista, desigual, atada al furgón norteamericano, industrial y urbana, autoritaria, con un sistema político de eficacia y disciplina porfirianas”.<sup>26</sup> Pero, al darse cuenta de ello, también notaron otra cosa importantísima: ésa fue la Revolución que quisieron y que hicieron los triunfadores, aunque hubo otros grupos revolucionarios con otros orígenes y aspiraciones que fueron vencidos. Había una Revolución de los vencedores y otra de los vencidos; y, de acuerdo con esta idea, los villistas no fueron más, como en la idea anterior de la Revolución, una especie de hermanos descarriados de la única Revolución (cuando no se les consideraba “instrumentos de la reacción”), sino actores de “la otra Revolución”, como dijo Arnaldo Córdova.

Adolfo Gilly y Arnaldo Córdova fueron los primeros en defender esa idea, aunque sus libros sean de muy distinta factura, pues contrasta el rigor de la investigación de Córdova con el casi nulo trabajo heurístico de Gilly; de todos modos, en ambos casos vale la pena glosar cómo pusieron esa otra Revolución sobre la mesa.

Los protagonistas del libro de Gilly son los campesinos que formaron los ejércitos de Villa y Zapata, los soldados de esa Revolución derrotada.<sup>27</sup> Gilly presenta así a la División del Norte:

La División del Norte es una de las mayores hazañas históricas mexicanas. Su organización fue el punto de viraje en la guerra campesina y en la revolución. Las masas del norte del país y las que se sumaban en su avance se incorporaron a ella, la organizaron de la nada y contra todos, le dieron su tremendo empuje, alzaron a uno de sus propias filas, Francisco Villa, como el mayor jefe militar de la revolución, barrieron en el camino con cuanto se les puso por delante.<sup>28</sup>

<sup>26</sup> Héctor Aguilar Camín, *La guerra de Galio*, México, Cal y Arena, 1988, p. 110.

<sup>27</sup> “La historia de las revoluciones es para nosotros, por encima de todo, la historia de la irrupción violenta de las masas en el gobierno de sus propios destinos”, con ese epígrafe de León Trotsky, Gilly inicia su ensayo “La guerra de clases en la Revolución Mexicana”, en Gilly et al., *Interpretaciones de la Revolución Mexicana*, México, UNAM, Nueva Imagen, 1979.

<sup>28</sup> Adolfo Gilly, *La revolución interrumpida*, op. cit., p. 122.

Para Gilly, la División era la expresión más potente de los campesinos rebeldes —un ejército campesino mandado por caudillos campesinos que movilizaba a las masas campesinas dondequiera que pasaba— que fue abriéndose camino hacia la independencia política de clase y que, al aliarse con los zapatistas, unió nacionalmente a la insurrección campesina.

Arnaldo Córdova buscó en la Revolución, y en las ideas que durante ella se expresaron, la naturaleza y los fundamentos ideológicos e históricos del Estado mexicano, alcanzándolos mediante un trabajo de interpretación agudo y riguroso. Para Córdova, los sectores medios de la sociedad, que habían hecho de Madero su caudillo, se reorganizaron durante la lucha contra Huerta poniéndose al frente de poderosos ejércitos campesinos. Pero no todos los campesinos se subordinaron a estos sectores; algunos —“la legendaria División del Norte” y los zapatistas— hicieron su propia guerra. Estos campesinos tenían programas agrarios localistas, pero no una concepción del Estado ni un proyecto político. “Una necesidad profunda de tierras para los pobres del campo, una fuerza natural desencadenada y una vaga utopía del México del futuro, constituyen el ser y el ideal del villismo.”<sup>29</sup> Además de luchar por las tierras, los villistas lo hacían por la independencia económica y la autonomía local, banderas de los norteños desde más de un siglo antes.

Córdova y Gilly también coinciden en señalar que la razón última de la derrota de los campesinos fue su incapacidad para construir un proyecto alternativo de nación. Dice Gilly que hubo un momento en que la marea campesina llegó a la superficie, y todo fue reivindicación y justicia agrarias, pero los dirigentes campesinos —Villa y Zapata— perdieron el control de los acontecimientos, porque cuando buscaron una expresión política de clase no la encontraron: “Ejercer el poder exige un programa. Aplicar un programa demanda una política. Llevar una política requiere un partido. Ninguna de las tres cosas tenían los campesinos, ni podían tenerlas.”<sup>30</sup>

Córdova argumenta con mayor solidez en ese mismo sentido: fue la ausencia de una concepción del Estado y de un proyecto político lo que llevó a los campesinos a perder la guerra. No fueron capaces de ofrecer un programa alterno al creado por los constitucionalistas

<sup>29</sup> Córdova, *op. cit.*, p. 155-156.

<sup>30</sup> Gilly, *op. cit.*, p. 173.

ni de luchar por el poder político, “objetivo que, en el fondo, ni siquiera se llegaron a proponer y que cuando lo tuvieron a su alcance no supieron qué hacer con él”.<sup>31</sup>

Pero no se queda ahí, y expone el proyecto y el sueño de los villistas y sus intentos, aliados con los zapatistas, por construir ese proyecto de que carecían, y que fructificó demasiado tarde, cuando la División del Norte ya había perdido la guerra. El programa agrario villista proponía la expropiación y división de los latifundios para crear pequeños propietarios independientes, y este acento en la pequeña propiedad los distanciaba de los zapatistas. El elemento clave del proyecto era la primacía del poder armado de los campesinos, basado en la tenencia de la tierra, como células originales de una república de pequeños propietarios independientes, armados y agrupados militarmente en pequeñas comunidades autónomas, como base de un Estado de democracia rural directa. Un programa inaplicable cuando se estaba entrando de lleno a la modernidad capitalista.

Mientras Villa y Zapata dominaron buena parte del país —sigue Córdova—, “México conoció el debate de los problemas nacionales más auténticamente representativo, popular y democrático que jamás haya habido a lo largo de su historia”, y que se reflejó en el Programa de Reformas Político-Sociales de la Revolución, terminado en la primavera de 1916, cuando ya los villistas habían perdido la guerra, por lo que no fue otra cosa que “el canto del cisne de los campesinos armados, el último testimonio de la sapiencia política de las masas populares, de su espíritu democrático”, y la confesión del error que causó su ruina, “el no haber sabido o no haber podido luchar por el poder político, aferrados a su única demanda, la tierra, y al temor y la desconfianza que habían heredado de los gobiernos”.<sup>32</sup>

Por último, para Gilly y Córdova, la derrota de la revolución campesina no fue total: muchas de sus demandas fueron retomadas por el sector radical (obregonista) del constitucionalismo y se manifestaron en el Congreso Constituyente de 1917.

Esta comprensión de que los movimientos villista y zapatista habían sido otra revolución, distinta de la de los ganadores, fue recogida al vuelo y enriquecida por muchos otros hasta adquirir carta de natu-

<sup>31</sup> Córdova, *op. cit.*, p. 25.

<sup>32</sup> *Ibid.*, p. 165-168.

alidad. Gilly se equivocaba al pensar que el grueso de la División del Norte estaba formado por peones y campesinos sin tierra, y Córdova no se ocupó gran cosa por indagar la composición social del villismo, y éstos fueron los terrenos de los siguientes investigadores. Fueron Friedrich Katz y sus alumnos directos e indirectos quienes más avanzaron y más propusieron en ese camino, pero antes de llegar a ellos, hay que decir que estas ideas condujeron a interpretaciones muy discutibles (como las mismas que las originaron). Veamos un ejemplo muy ambicioso de esto para terminar con el parágrafo.

Alan Knight se considera “contrarrevisionista”: para él, la primera generación de historiadores profesionales de la Revolución había logrado captar la esencia del cataclismo que sacudió a México a partir de 1910, al definirlo como una revolución popular, agraria y nacionalista. La mayor riqueza de los dos gruesos volúmenes de la historia de Knight es el intento de hablar de los muchos Méxicos y de la combinación de lealtades de clase, clientelistas, ideológicas, étnicas y regionales, que llevaron a los campesinos mexicanos a la Revolución. En cuanto al villismo, Knight propone una serie de ideas novedosas y sugerentes, a veces, no muy bien fundamentadas y carentes, en ocasiones, de verosimilitud.

Según Knight, la rebelión villista fue el prototipo de las “rebeliones serranas”, en las que el problema agrario no existía o formaba parte “de un complejo más general de motivaciones”, como el aumento del poder de los caciques y del gobierno en detrimento de la tradicional autonomía de los pueblos y el control que ejercían sobre sus medios de producción. Su ambición no era el cambio de las estructuras ni una sociedad sin clases, sino un regionalismo hostil y exclusivista.

En 1915, durante la lucha contra Carranza, el villismo adquirió otros matices al agregarse un montón de gente al núcleo serrano original: rebeldes agraristas, aventureros, terratenientes que se amparaban bajo la bandera revolucionaria, etcétera. Las alianzas eran efímeras y poco sólidas y no respondían a un criterio definido y, a diferencia de la carrancista, la dirección del villismo no se concebía a sí misma como elite nacional con derecho a gobernar el país, lo que se tradujo en el fracaso militar del villismo y su reducción a su lugar y categoría originales: Chihuahua-Durango y la guerrilla.

## V

Bajo la triple influencia de esta nueva idea de la Revolución, de las lecciones directas o indirectas de Friedrich Katz y del auge de la historiografía regional de la Revolución (campo en el que partieron plaza Womack, Aguilar Camín, Heather Fowler Salami, Romana Falcón y Carlos Martínez Assad), empezaron a proliferar las historias regionales del norte que nos fueron aclarando, indirectamente, muchas de las peculiaridades del villismo.

Historias centradas en los pueblos de Chihuahua, tal como lo había sugerido Katz en sus primeros avances sobre el villismo, fueron las de Carlos González (1986), Víctor Orozco (1992 y 1995), Daniel Nugent (1993), Jane-Dale Lloyd (1995) y Ana María Alonso (1995),<sup>33</sup> así como la insistencia en el conflicto de Tomóchic de Lilian Illades (1993), Antonio Saborit (1994) y Rubén Osorio (1995).<sup>34</sup> A estos trabajos, de excelente factura en general, no hay otro reproche que hacerles que el de haber idealizado un poco la vida en los pueblos de Chihuahua, de tal manera que a veces llegamos a pensar que el paraíso terrenal no estuvo entre el Tigris y el Éufrates, sino en la cuenca del Papigóchic, pongo por caso.

En el mismo tenor, la historia de Chihuahua y Durango en el siglo XIX ha sido trabajada por Guadalupe Villa Guerrero, Graziella Altamirano Cozzi y César Navarro Gallegos,<sup>35</sup> mientras el desarro-

<sup>33</sup> Carlos González, *La formación y desarrollo de una elite política del occidente de Chihuahua. Los pueblos de la cuenca del Papigóchic*, tesis de licenciatura en antropología social, México, ENAH, 1986; Víctor Orozco, *Las guerras indias en la historia de Chihuahua. Primeras fases*, México, Conaculta, 1992, y *Tierra de libres: los pueblos del distrito de Guerrero en el siglo XIX*, Ciudad Juárez, Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, 1995; Daniel Nugent, *Spent cartridges of Revolution. An anthropological history of Namiquipa*, Chicago, The University of Chicago Press, 1993; Jane-Dale Lloyd, *Cultura material ranchera en el noroeste de Chihuahua*, tesis de doctorado en historia, México, UIA, 1995; y Ana María Alonso, *Thread of blood. Colonialism, Revolution, and gender on México's northern frontier*, Tucson, University of Arizona Press, 1995.

<sup>34</sup> Lilian Illades, *La rebelión de Tomóchic*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1993; Antonio Saborit, *Los doblados de Tomóchic. Un episodio de historia y literatura*, México, Cal y Arena, 1994; y Rubén Osorio, *Tomóchic en llamas*, México, Conaculta, 1995.

<sup>35</sup> Graziella Altamirano y Guadalupe Villa, *Chihuahua. Una historia compartida, 1824-1921, y Chihuahua. Textos de su historia 1824-1921*, México, Instituto de Investigaciones Doctor José María Luis Mora, 1988; y Graziella Altamirano, Rosa Helia V. De Mebius, César Navarro y Guadalupe Villa, *Durango. Una historia compartida*, 2 t., México, Instituto de Investigaciones Doctor José María Luis Mora, 1997. De este último destaca el segundo tomo, escrito por Graziella Altamirano, que nos permite conocer a varios grupos duranguenses aliados o satélites del villismo, dirigidos por caudillos cuyas características estudia: Calixto Contreras, Juan E. García, Orestes Pereyra y Tomás Urbina.

llo del capitalismo y las elites económicas de Chihuahua y La Laguna han sido estudiados en sendos libros —muy buenos— de Marc Wasserman y William K. Meyers.<sup>36</sup>

La Soberana Convención Revolucionaria recibió la atención de varios investigadores: Arnaldo Córdova regresó a ella, y Álvaro Matute y Federico Reyes Heróles escribieron buenos ensayos sobre la asamblea,<sup>37</sup> pero el trabajo de síntesis corrió a cargo de Felipe Ávila Espinosa, quien sigue a Katz en la definición del villismo, y revisa cuidadosamente las aportaciones de los zapatistas y los villistas en la discusión de los grandes problemas nacionales que se reflejó en el Programa de Reformas de la Convención; además, no idealiza a los rebeldes populares: también saca a la luz sus pugnas internas y la falta de solidez de su alianza.<sup>38</sup>

Otros aspectos del villismo también fueron estudiados. Álvaro Matute primero y Odile Guilpain y Adolfo Gilly después trataron de aprehender la atractiva y polémica figura del general Felipe Ángeles.<sup>39</sup> Santiago Portilla no escribió sobre el villismo, pero en las páginas de su magistral libro podemos seguir las andanzas de los futuros generales villistas durante la revuelta maderista y entender ésta mejor que en ninguna obra anterior. Enrique Krauze recogió la vieja idea de la personalidad dual de Pancho Villa, haciendo un ambicioso —quizá en demasía— retrato psicológico del caudillo. Aurelio de los Reyes puso énfasis en el Villa cinematográfico y en su habilidad para la propaganda.<sup>40</sup>

<sup>36</sup> Marc Wasserman, *Capitalistas, caciques y Revolución: la familia Terrazas de Chihuahua, 1854-1911*, México, Grijalbo, 1987, y Meyers, *Forja del progreso, crisol de la revuelta. Los orígenes de la Revolución Mexicana en la Comarca Lagunera, 1880-1911*, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos sobre la Revolución Mexicana, 1996.

<sup>37</sup> Los trabajos de Álvaro Matute en *La Revolución Mexicana, actores, escenarios y acciones*, op. cit.; en Javier Garciadiego (coord.), *Así fue la Revolución Mexicana*, 8 v., México, Instituto Nacional de Estudios Históricos sobre la Revolución Mexicana, 1985; las partes correspondientes al villismo y la Convención fueron escritas por Carlos González, Federico Reyes Heróles, Luis Garfías, Arnaldo Córdova y Álvaro Matute.

<sup>38</sup> La Convención nunca logró unificar a la Revolución campesina: “Así, en vez de un poder unificado, dueño de la mayor parte del país, aprestándose a combatir a la contrarrevolución, lo que ocurrió fue la coexistencia entre dos poderes, dos ejércitos, dos tácticas, dos aparatos políticos y estructuras administrativas separadas”, Felipe Ávila, *El pensamiento económico, político y social de la Convención de Aguascalientes*, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos sobre la Revolución Mexicana, 1991, p. 154.

<sup>39</sup> Álvaro Matute (compilación y prólogo), *Documentos relativos al general Ángeles*, op. cit.; y Odile Guilpain, *Felipe Ángeles y los destinos de la Revolución Mexicana*, México, Fondo de Cultura Económica, 1991 (prólogo de Adolfo Gilly).

<sup>40</sup> Santiago Portilla, *Una sociedad en armas*, México, El Colegio de México, 1995; Enrique Krauze, *Francisco Villa: entre el ángel y el fierro*, México, Fondo de Cultura Económica, 1987; y Aurelio de los Reyes, *Con Villa en México*, México, UNAM, 1985.

## VI

Hay que dar una vuelta completa y regresar al punto del que partimos. Hagámoslo con las palabras de John Womack:

En México varias películas e innumerables libros y corridos lo han presentado [a Pancho Villa] todavía con mayor pasión pero de modo aún más variado: fuerza de la naturaleza mexicana, encarnación absoluta del machismo, Barbazul del pueblo, expresión de la ira popular, Quinto jinete del Apocalipsis, flagelo de los ricos y elegantes, epítome del México bronco, símbolo del país enloquecido. Cualquiera que esté interesado en descubrir quién fue en realidad Villa, qué hizo realmente y qué significa ha tenido que leer extensa y escépticamente.

YA NUNCA MÁS. Este libro gigantesco y magistral, la biografía de Pancho Villa por Friedrich Katz, es una obra abarcadora de enorme autoridad.<sup>41</sup>

Katz ha puesto a Pancho Villa, una vez más, a la orden del día: no han pasado cuatro meses de la publicación del libro, y ya se han acumulado las reseñas laudatorias, las presentaciones encomiásticas, las lecturas cuidadosas y de las otras, las charlas de café y hasta un ciclo de mesas redondas en su honor. Es natural; era predecible. Precisamente por eso, no quiero participar en el desfile de loas.<sup>42</sup>

Collingwood plantea que no podemos entender correctamente una proposición historiográfica a menos que entendamos la pregunta que la origina, el contexto.<sup>43</sup> Las preguntas que Katz fue haciéndose sobre el villismo eran fruto de una observación y un asombro externos, quiero decir, venían de la comparación de la revolución villista con otras revoluciones (no de la extranjería de un hombre de la cultura, la erudición y el cosmopolitismo de Katz, el

<sup>41</sup> John Womack Jr., "Villa y Katz, historias paralelas", en *Letras Libres*, México, n. 3, marzo de 1999, p. 76. Katz, por su parte, cuenta qué hizo para resolver las dificultades planteadas por el peso de la leyenda: "La dificultad más grave que encontré fue la de extraer la verdad histórica de las multifacéticas capas de leyenda y mito que rodean a Villa [...]. Estos mitos contaminan muchos de los miles de artículos y memorias escritos en torno a Villa. Por esta razón, he intentado en la medida de lo posible apoyarme en documentos contemporáneos, mucho menos teñidos y afectados por la leyenda", Friedrich Katz, *Pancho Villa, op. cit.*, v. 1, p. 12.

<sup>42</sup> Que el *Pancho Villa* es la obra de una vida es algo que ya sabíamos. Lo que desconocíamos eran los caminos que habían llevado a Katz a la Revolución villista: remito a la ya citada reseña de Womack.

<sup>43</sup> R. G. Collingwood, *Autobiografía*, México, Fondo de Cultura Económica, 1953, p. 37-50.

menos extranjero —o el no extranjero, si se me permite— de los historiadores de la Revolución no nacidos en suelo mexicano), y de Pancho Villa con otros dirigentes revolucionarios en el mundo. A Katz le sorprendía observar que Villa y Zapata, a diferencia de los líderes de otras revoluciones del siglo XX, como Mao, Ho Chi Minh, Lenin y Trotsky, Fidel y el Che, no fueran intelectuales, sino que procedieran “de las capas más bajas de la sociedad”; que no estuvieran instruidos, sino que tuvieran “escasa educación”; y que no dirigieran en la Revolución a grupos o partidos sólidos y bien organizados. Le maravillaba descubrir que si no las ideas sí el mito y la imagen de Villa y Zapata no se erosionaran como los de aquellos otros dirigentes revolucionarios del siglo, sino que siguieran vigentes en los principales discursos políticos mexicanos, y más aún, en el corazón del pueblo. Espoleaba su curiosidad el hecho de que Villa hubiera sido capaz de conducir una “verdadera revolución social” a las puertas de la potencia que, por excelencia, se ha opuesto a esos movimientos a lo largo del siglo, los Estados Unidos, y, más aún, que en determinados momentos el gobierno norteamericano se aliara a esa revolución. Y por fin, le atraía poderosamente el mito formado en torno al hombre que había construido el mayor ejército revolucionario de América Latina, la División del Norte, mito que, con mucho, había rebasado las fronteras mexicanas y llegado incluso a su Austria natal.

Este asombro nacido, repito, de la comparación con otras revoluciones que hacían de la mexicana, vista desde cerca y con atención, una revolución única en su género, lo fue llevando a intentar descifrar el enigma de Pancho Villa. Y las respuestas que fue dando tenían que ver con esa manera de entender todas las revoluciones y de ver a la mexicana como una de ellas, con todas sus peculiaridades y sorpresas: así, Katz fue desentrañando las acciones del villismo como gobierno; su enfermiza relación de dependencia creciente con los Estados Unidos; su ideología y práctica revolucionarias, sobre todo en materia agraria, y las raíces populares y agrarias del villismo, un poco como causas de la peculiar revolución nacida en Chihuahua.

Desafortunadamente, las ideas más importantes de estos planteamientos son poco novedosas, no porque en sí lo sean, sino porque Katz mismo se encargó de ir las dispendiando en artículos, ponencias, conferencias, ensayos y entrevistas a lo largo de más de veinte años. En mi tesis de licenciatura recojo media docena de esos artículos

que, con lo que del villismo se dice en *La guerra secreta en México*,<sup>44</sup> anuncian las más reveladoras y sorprendentes ideas de Katz en esos aspectos, es decir, la comprensión de la chihuahuense como una sociedad de frontera; el carácter del pie veterano del villismo, formado por los descendientes de los “colonos militares” de Chihuahua; el conservadurismo de los políticos maderistas incorporados al villismo (salvo excepciones, como Federico González Garza); el peculiar carácter de una reforma agraria enraizada en las tradiciones de frontera chihuahuenses; y cómo la dependencia económica de la División del Norte respecto de los Estados Unidos fue neutralizando la política social del villismo, causando, a la postre, su derrota.

Claro está que aquellos avances estaban pensados para un público reducido, y el libro está dirigido a uno mucho más amplio, pero quienes habíamos ido leyendo a Katz con atención no podemos sino sentirnos un tanto desilusionados con el resultado final o, mejor, confirmar que eran correctas nuestras previsiones sobre las líneas generales de interpretación que campean en el libro. Pero mucho ganamos con su publicación: no sólo se exponen estas propuestas con un sólido orden interno y una amplia explicación bien sustentada en fuentes primarias; también hay énfasis y luces nuevas en general muy convincentes.

A Katz le preocupa mucho entender las raíces, la ideología y la práctica revolucionaria del villismo, y expone con gran coherencia las causas que llevaron a la Revolución a dos de los grupos sociales que en él confluyen: los rancheros, descendientes de los colonos militares, y las “clases medias” de Chihuahua. Katz busca entre los villistas, no sin dificultad, planes, programas, propuestas y planteamientos revolucionarios, y llega a dos grupos de hombres: los dirigentes populares del villismo, que son tres (Calixto Contreras, Toribio Ortega y Orestes Pereyra, aunque hay otros menores, apenas men-

<sup>44</sup> Por cierto, tramposamente, no dije en su lugar lo que de *La guerra secreta...* hay que decir. Hagámoslo rápidamente. Álvaro Matute escribió que en esa obra se logra una magnífica síntesis de la historia social con la historia diplomática, analizando “la compleja interacción de las grandes potencias con México y entre sí” durante los años revolucionarios, lo que fuera de México vale decir las vísperas y las tempestades de la Primera Guerra Mundial; la trama de las relaciones internacionales, los intereses económicos extranjeros en México, la influencia de las grandes potencias en el desarrollo de la Revolución son el objeto de este libro que percibe claramente “la dimensión mundial de la Revolución”, un hito en la historiografía del periodo. Womack, por su parte, dice “*La guerra secreta en México* transformó la historia moderna mexicana al integrarle la historia moderna internacional”. Álvaro Matute, “Los actores sociales...”, *op. cit.*, y John Womack, “Villa y Katz...”, *op. cit.*

cionados, como Porfirio Talamantes y Severino Ceniceros), y los intelectuales villistas (exmaderistas), que son legión. Analiza con cuidado la actuación revolucionaria del gobierno villista, sobre todo en los casos en que se tradujo en una completa transformación del orden de cosas, como la expropiación de los latifundios.

Pero hay otros aportes, éstos sí nuevos: si bien comulga con la idea tradicional de que en materia militar Villa se quedaba con las ventajas de las cargas de caballería, el factor sorpresa y otros elementos que cualquier buen guerrillero puede ejecutar con limpieza, y que a la hora de la guerra regular era un jefe muy limitado, sí advierte por primera vez la falsedad de la aseveración de que en diciembre de 1914 los convencionistas lo tenían todo para ganar. Aunque sigue pensando que, si Villa hubiera atacado Veracruz, la guerra habría terminado con su victoria, advierte que a mediano plazo —cuestión de semanas— los carrancistas tenían muchas más ventajas que sus enemigos. También es el primero en explicar, muy satisfactoriamente, las motivaciones y la trayectoria tanto militar como política del villismo guerrillero de la terrible etapa que empieza con la disolución de la División del Norte.<sup>45</sup> Ha resuelto —casi “definitivamente”, lo que ha causado no poco revuelo— el problema de la muerte de Villa. En fin: su explicación de las razones que hicieron de Villa el caudillo de los rebeldes chihuahuenses y su propuesta sobre las razones de la mayor popularidad del Centauro en Durango que en Chihuahua son otras tantas joyas del libro. La explicación de esto último es más que convincente: si en Chihuahua se aplazó el reparto agrario por razones económicas y militares —muy, pero muy bien explicadas en el libro—, mientras en Durango jefes como Contreras y Pereyra sí instrumentaron la reforma agraria, es natural que la popularidad del villismo, a largo plazo, haya sido mayor en este último estado, ¿o no recordamos las razones del voto verde priísta, aquel hondo “porque Cárdenas nos dio la tierra”?

<sup>45</sup> Antes del libro de Katz, las mejores investigaciones que nos permitían entender el villismo guerrillero en su contexto nacional eran Álvaro Matute, *Las dificultades del nuevo Estado*, México, El Colegio de México, 1995; y Javier Garciadiego, *Revolución constitucionalista y contrarrevolución: movimientos reaccionarios en México, 1914-1920*, tesis de doctorado en historia, México, El Colegio de México, 1981.

## VII

Las desventajas del libro son también resultado del tipo de preguntas que hace Katz. Si la Revolución Mexicana, o al menos “la Revolución de los vencidos”,<sup>46</sup> es, indudablemente, una revolución social, hay que encontrar las causas económicas de la Revolución, suficientes para que lo que hayan desatado sea una revolución social. Su búsqueda de esas causas nos enseñó muchísimo sobre las peculiaridades de los pueblos de Chihuahua y sobre el descontento y los conflictos agrarios en el norte, pero se casó demasiado con esas ideas, y ya nunca nos dijo bien por qué estaban en la Revolución los ferroviarios, los artesanos y trabajadores urbanos, los mineros, los jornaleros de La Laguna, etcétera. Si bien nos ha convencido de que los rancheros de los pueblos libres formaron el pie veterano del villismo, no podemos olvidar —Katz mismo lo ha dicho— que el movimiento villista fue el más heterogéneo socialmente de cuantos hubo en 1910-1920, tanto por sus bases como por sus dirigentes.

Tampoco podemos limitar el carácter de sociedad fronteriza, en Chihuahua, a las épocas de la guerra apache, es decir, la segunda mitad del siglo XVIII y el periodo 1830-1880 (estas fechas son más o menos arbitrarias, al limitar una guerra con las características que ésa tuvo), ni exagerar la importancia de las colonias militares.

El norte de la Nueva España (y luego de México) fue una sociedad de frontera desde 1521 (cuando los límites del dominio español eran menores que los muy difusos de Mesoamérica) hasta 1880 (fecha del último enfrentamiento masivo de la guerra apache, entre los campañadores del coronel Joaquín Terrazas y los guerreros de Victorio, hijo de Gerónimo, cuya cabeza fue paseada en triunfo por las calles de Chihuahua). Esa frontera se fue recorriendo poco a poco, desde el río Lerma hasta Santa Fe de Nuevo México y San Antonio de Béxar, no sin lagunas, traspies y retrocesos, con momentos de saltos adelante —los descubrimientos de plata de Zacatecas (1546) y Parral (1631) fueron quizá los más espectaculares, así como el impulso al dominio del gran norte dado por los reformistas borbónicos— y de grandes colapsos, como el de Nuevo México en 1685.

<sup>46</sup> Así tituló Katz un ciclo de conferencias dictadas en la ENAH en la primavera de 1995, al que tuve el privilegio de asistir.

Durante ese largo periodo los momentos de paz fueron muy pocos. Quizá la mayor suerte que tuvieron los novohispanos fue que las guerras contra los chichimecas no coincidieran con las que se libraron contra los indios de la Nueva Vizcaya. Estas últimas, en los actuales territorios de Durango, el centro, sur y occidente de Chihuahua, y el sur de Coahuila duraron todo el siglo XVII (empezando con las guerras de los xiximes y la formidable insurrección de los tepehuanes), y el medio centenar de poblados hispanoindios de la Nueva Vizcaya eran verdaderos enclaves fronterizos. Entre ellos, las “colonias militares” propiamente dichas eran muy pocas y los otros pueblos también eran vitales en la política defensiva de la corona. Sólo a mediados del siglo XVIII, cuando fue eliminada la amenaza de los conchos, janos, tobosos y otras naciones, los apaches y los comanches se convirtieron en los enemigos que había que vencer.<sup>47</sup>

En otro tenor, le interesa tanto a Katz desentrañar las relaciones del villismo con el exterior, especialmente con los Estados Unidos que rastrea las actividades de cuanto aventurero estadounidense intentó utilizar al villismo; cuanto diplomático o negociador de segundo o tercer orden vino a ver a los jefes villistas, ya enviado por su gobierno, ya por intereses particulares, ya impulsado por su propia iniciativa a ver qué pescaba. Con esto, en general —salvo excepciones—, no aporta mayor cosa a la comprensión ni del villismo ni de sus relaciones con la potencia de al lado y rompe el hilo de la narración para perderse en minucias.

En fin, otros problemas tienen más que ver con el enfoque de Katz, es decir, reclamar por ellos es pedirle al libro lo que éste no ofrece; por ejemplo, en la línea de la historiografía mexicana de la Revolución, sigue siendo una historia centrada en el caudillo, a pesar de las importantes lecciones que contiene sobre la base social del villismo. Y como la tarea principal es comprender a Villa (con lo cual avanzamos muchísimo en la comprensión del villismo, pues se desbroza así uno de los principales obstáculos existentes, el del peso de la leyenda del Centauro), no se pone mucha atención en las caracte-

<sup>47</sup> Y es que Katz, que conoce profundamente la historiografía de la Revolución, no retoma en esta parte los trabajos sobre el proceso de colonización del norte de la Nueva España en general y de la Nueva Vizcaya en particular, es decir, Vito Alessio Robles, Atanasio G. Saravia, María del Carmen Velázquez, Guillermo Porras Muñoz, Ignacio del Río, José Ignacio Rubio Mañé, José Luis Mirafuentes Galván, y los de los norteamericanos Peter Gerhard y Phillip Wayne Powell, entre otros.

rísticas de los villistas, sobre todo, de los escalones intermedios y de las bases del villismo fuera de Chihuahua. Como la actividad del caudillo se centró en Chihuahua, este estado recibe una atención privilegiada; Durango apenas si es tratado, La Laguna casi nada, y mucho menos cualquier otro lugar donde los villistas tuvieron fuerza e influencia.<sup>48</sup>

Por ejemplo, en el caso de los jefes villistas, a Katz le interesan los dirigentes populares, como Contreras, Ortega y Pereyra; los “clasesmedieros” cuya pertenencia al villismo sufre constantes altibajos, como Manuel Chao, José Isabel Robles y Eugenio Aguirre Benavides y los personajes más oscuros del movimiento, como Tomás Urbina y Rodolfo Fierro. Sin embargo, aun de éstos se ocupa poco; me atrevería a decir que lo menos posible, y más para ejemplificar sus argumentos que para analizar la personalidad y actuación revolucionaria de estos hombres: si Villa era un revolucionario agrarista, muestra de ello era que (todos) los agraristas del norte, como Ortega y Contreras, estuvieran con él; si tenía alianzas difíciles con amplios sectores de la clase media y con los maderistas demócratas, quedaba claro con la incorporación y alejamiento de Robles y Aguirre Benavides; si el movimiento villista también tenía fuerte influencia del bandidaje social, y era, como todos los demás, pasto de aventureros de baja estofa, ahí están Fierro y Urbina para demostrarlo. (Felipe Ángeles, por supuesto, se cuece aparte.)

De los demás, nada: a José Rodríguez (el muy capaz jefe de las brigadas Villa, el mejor jefe de las caballerías), o Rosalío Hernán-

<sup>48</sup> Los aliados del villismo en el resto del país permanecen casi en el olvido total. En Sonora, no sólo hay que hablar de la difícil —y contraproducente, como nos ha mostrado Katz— alianza con Maytorena: también hubo algunos generales villistas oriundos de Sonora, que conservaban su influencia en ese estado, principalmente Pedro Bracamontes, Anacleto Girón y Felipe Dussart. En Sinaloa, el gobernador maderista del estado, Felipe Riveros, fue más aliado de Maytorena que de Villa, pero el general Juan Banderas sí llegó a ser un leal villista. Durante mucho tiempo controló Nayarit el joven general sinaloense Rafael Buelna, aliado del villismo en 1915. En Jalisco, la popularidad de Villa era inmensa, y Julián C. Medina, uno de los modelos de Demetrio Macías, el de *Los de abajo*, era el caudillo de los villistas jaliscienses. El gobernador maderista de Michoacán, Miguel Silva, también fue un importante aliado del villismo, y durante un breve tiempo los generales villistas José Ruiz Núñez y José I. Prieto trataron de ganar esa entidad para su causa. El principal caudillo de la Revolución constitucionalista en Zacatecas, Pánfilo Natera García, y sus lugartenientes Domínguez, Bañuelos, Cervantes y Caloca también fueron villistas desde junio de 1914. Los agraristas potosinos comandados por los clanes Cedillo y Carrera Torres también fueron aliados del villismo. Finalmente, muchos voluntarios guanajuatenses se enrolaron en la División del Norte a las órdenes del gobernador villista del estado, general Alfredo Serratos, y de los generales Felipe Dussart y Agustín Estrada.

dez, por ejemplo, apenas los menciona; a Agustín Estrada y Pablo Séañez, nunca (ni siquiera para decir que el primero, caudillo de los mineros de Cusiuhuiríachic agrupados en la Brigada Guerrero, derrotó a los seguidores de Eulalio Gutiérrez, papel que Katz le atribuye a Urbina; ni que el segundo era hermano de Soledad Séañez, una de las mujeres de Villa, de quienes sí se ocupa). Por ejemplo, menciona, durante la etapa guerrillera de Villa, a dos generales carrancistas que le hicieron mucho daño a las huestes del Centauro, Pedro Favela y Alfredo Rueda Quijano,<sup>49</sup> y, por supuesto, jamás nos dice que Favela hizo la revolución a las órdenes de Calixto Contreras y Severino Ceniceros, y que fue dado de alta en el ejército federal cuando Ceniceros se rindió; ni que Rueda Quijano comandaba una de las brigadas Morelos (que mandaba en jefe, el general de División Tomás Urbina Reyes, el León de Durango, que me parece que no era nada más un bandido) que, con sus pares Petronilo Hernández y Donato López Payán, desertó del villismo al frente de sus huestes cuando supo que Fierro, por órdenes del Centauro, había ultimado al padre Urbina.

Precisamente ésas son las cosas que a mí me interesan, porque otras son las preguntas que yo hago, así que no es válido pedirle a Katz que resuelva mis problemas, cuando tan brillantemente resolvió los suyos. De cualquier manera, Katz mismo lo dice:

No pretendo dar una respuesta final a los muchos problemas que Villa y su movimiento han planteado ni resolver las controversias que han suscitado. No cabe duda de que aparecerán nuevos documentos y nuevas interpretaciones sobre uno y otro. Además, como ha ocurrido con Danton, Robespierre y otras grandes figuras revolucionarias (y Villa, se piense de él lo que se piense, fue una gran figura revolucionaria), cada generación lo verá desde una perspectiva diferente, de manera que seguirá discutiendo el tema aún durante mucho tiempo. Espero haber contribuido a poner en claro los parámetros de esa discusión.<sup>50</sup>

Vaya que lo hizo: es un libro extraordinario que no hay que dejar de leer. Si bien está lejos de ser un clásico, por la sencilla razón de que a los clásicos sólo los consagran los años, sí podemos apostar que lo será, y si así lo creemos vale decir, con Ortega y Gasset, que los clásicos

<sup>49</sup> Katz, *op. cit.*, v. 2, p. 239.

<sup>50</sup> *Ibid.*, v. 1, p. 13.

no lo son por sus soluciones, “porque toda solución queda superada. En cambio, el problema es perenne”. El clásico lo es por “su aptitud para combatir con nosotros”.<sup>51</sup>

Vale, “¡en el norte viva Villa y en el sur viva Zapata!”

<sup>51</sup> José Ortega y Gasset, *Kant, Hegel, Dilthey*, Madrid, Revista de Occidente, 1958, p. 64.